

EL JUEGO DE OJOS

AQUELLOS TORMENTOSOS AÑOS

Por Jorge Lamoyi

Siempre queremos encontrar en una autobiografía no tanto las vivencias de un autor como sus triunfos. El narrador va desentrañando su vida, va, en la lucidez que da la distancia, *rehaciéndola*. Las autobiografías son casi siempre autoapologías.

Son variadas las sorpresas que *El juego de ojos* de Canetti nos deja. Mas hay una que incluso conmueve. Canetti habla de aquellos tormentosos años de pre-guerra y en toda esa angustia que los acontecimientos políticos iban generando, la vida cultural en Viena marchaba. No olvidemos que: "desde hacía medio año se hallaba en el poder el hombre de apellido impronunciable". A pesar del ascenso del nazismo que irremediamente debía de afectar a Austria, su capital, Viena funcionaba como el centro aglutinador de la cultura en lengua alemana. Conmueve que Canetti, a través de todo el libro, cuenta su vida reflejándola en la de otros. En todos aquellos que junto a él pasaban por ese sentimiento de aprehensión no sólo de su espacio físico sino de su "mentalidad".

Tal vez en el sentido común del género de las Memorias no sea un libro típico: Canetti habla más de todos que de él. Se nos aparece no tanto como el protagonista principal sino como algo más importante: el hilo conductor. Es la puerta para enfrentarnos con una época y es, al mismo tiempo, la llave para conocer aspectos de la personalidad de gentes como Broch, como Musil que hoy forman parte de la "mitología" de la literatura.

El juego de ojos es un texto de Memorias donde Canetti se dedica a recordar a sus amigos, a inventar de nuevo la memoria. Impresiona ese sentimiento —no de modestia— sino de "humildad".

En un libro anterior (*La antorcha al oído*) Canetti nos hablaba de sus años de adolescencia y del encuentro, memorable por cierto, con Veza, quien luego sería su mujer. Pero también contaba su impresión con Grosz, con Isaac Babel y Bertold Brecht: el legendario círculo de intelectuales de Berlín.

En la formación final de los grandes talentos, es vital en encuentro con los grandes talentos. Es enriquecedor o es destructivo. Depende más del que se acerca que del que se encuentra allí, con su prestigio, con su mitología personal.

Canetti nos deja una imagen hermosa de Hermann Broch. Si aquella novela de Broch en donde se le rinde homenaje a la muerte nos deja impresionados, ahora, se entiende que una reflexión tan densa, tan dentro de la conciencia como lo es *La muerte de Virgilio*, tenía que escribirla un hombre al que las causas externas de la existencia lo dejaban impávido: sólo las causas internas eran "reales".

Todo un capítulo rememora un encuentro de Canetti. Como hombre de letras sabe que el interlocutor muchas veces es más definitivo que una influencia literaria. En las relaciones entre escritores siempre se estudian las influencias a través de las lecturas comunes, casi nunca a través de las conversaciones comunes. Difícil tarea porque el poder de la palabra es precisamente su permanencia. Canetti lo usa para recordarnos al Dr. Sonne.

Tampoco podemos pasar por alto la personalidad del escultor Fritz Wotruba, personaje que inmediatamente nos remite a otra persona que tiene mucho que ver en la visión del mundo de Canetti, al menos por aquel tiempo, Ana Mahler.

La relación entre Ana Mahler y Canetti es interesante. Lo es en la medida de las personalidades y en el sentido del discernimiento. En una ocasión, a petición de ella rompen, sólo que Ana pide que se vaya él pero que no se vayan sus cartas; es decir la inteligencia. Pide que en el sentimiento todo se acabe pero que sobreviva un vínculo.

Asistimos en *El juego de ojos* a una liberación: la de Canetti de Karl Krauss. El derrumbamiento del mítico escritor austríaco es simbólico. Marca la conciencia de sus contemporáneos pero cae de ella. Es un motivo para pensar, no un hecho. Desaparece junto con la grandeza del Imperio Austrohúngaro. De aquella imagen rabiosa de Krauss leyendo con la sala atestada cuando Canetti era todavía un adolescente, a la tristeza de un hombre tomando el café en la más absoluta soledad, no deja de impresionarnos.

La guerra civil española, el contacto con Thomas Mann —patriarca en aquel entonces de las letras alemanas—, la descarnada lucha de Musil con *El hombre sin atributos*, el dominio inmisericorde de la Alma Mahler, son, en el sentido de la vivencia, experiencias que la magia de la palabra de

alguna manera nos hace propias.

El juego de ojos concluye con dos hechos fundamentales: la publicación de *Auto de fe*, la "novela" de Canetti, y la muerte de su madre, que es la moldeadora del carácter literario de su hijo.

Elías Canetti escribió un libro de aforismos para descansar de la incertidumbre de la Masa. Allí nos decía que matar el amor de un hombre es algo peor que un crimen. Ciertamente, los libros de Memorias son actos para preservar "ese amor", para a través del recuerdo, eternizarlo, llevarlo siempre vivo. ♦

Elías Canetti. *El Juego de ojos*, Muchnik, Barcelona, 1985, 357 pp.

DE BURGUESA A GUERRILLERA

LA HISTORIA NO PERDONA

Por Anamari Gomís

De burguesa a guerrillera, título por demás detestable y, además, inexacto en relación al libro, ofrece, sin embargo, una lectura testimonial que despierta interés desde sus primeras páginas. La verdad, no se trata de una burguesa que de pronto se desclasa para perderse en el bosque de la guerrilla latinoamericana sino de una niña que vive una infancia acomodada, durante los iniciales años revolucionarios, en una región minera, donde aún reverberan, eso sí, los encantos burgueses del porfiriato: una mansión con muebles europeos, sirvientes cuasi esclavos, reuniones espectaculares, muñecas que son bautizadas en el pleno de una fiesta preparada a imagen y semejanza de las celebradas entre las familias adineradas; oropel y guiños dorados en el seno de la casa de un médico, que no es más que el empleado de una compañía inglesa. Es decir, la pequeña hija del galeno, Alicia, no pertenece estrictamente a la burguesía. No se apellida Limantour ni vive en Guanajuato ni en la ciudad de México. Su residencia, entonces, está cerca del pueblo de Talpujahua. Como sea, el fasto dura muy poco. La Revolución, implacable, expulsa al Dr. Echeverría y a su familia del lugar paradisíaco. Lo que vendrá después

serán dolores y sinsabores de todo tipo: los padres de Alicia se separan, y la madre, en compañía de sus hijos, se instala pobre, precariamente en Manhattan, lejos del colapso histórico mexicano y todavía más lejos del marido.

De semi-burguesa a niña pobre, que sufre en los colegios de internas cercanos a la ciudad de Nueva York y se mira maltratada por las monjas, Alicia padece y siente nostalgia por su país. La mamá apenas puede sostener a su cría: los dos hermanos y la pequeña ex-burguesa, quien se ha convertido en una suerte de Anita, la huerfanita.

Vendrá luego el regreso a México, el intento de unión entre los padres, la lucha desesperada por recuperar el *status* perdido. Pero el papá se aficiona a las drogas y el divorcio es inevitable. Comienzan nuevas etapas de privaciones y sufrimientos, escenificadas en la casa de huéspedes que pone la madre. Alicia, entretanto, estudia en el Colegio Americano y se hace de un novio Bob y de una entrañable amiga: Tití. La mamá de Alicia establece una relación con un hombre de buena posición económica, que al poco rato vive con ellas: "Cada día estaba más alejada de mamá, de quien me sentía avergonzada ante mis amigos. Me refugiaba en el mundo de la literatura que Tití me había revelado y leía con pasión todo lo que caía en mis manos: Wilde, Maupassant, Zola y como de costumbre, cada vez que nos encontrábamos Tití y yo, leíamos en voz alta lo sonetos de Shakespeare, la poesía de Shelley y de otros poetas ingleses".

Al terminar *High School*, Tití se va a estudiar a California y, no mucho después, la alcanza Alicia. El mundo universitario agrada a las jóvenes, quienes se transforman en personajes a la Mary Mc Carthy: "Cuestionábamos, además, los prejuicios sociales con respecto al matrimonio, a la virginidad, al amor libre". La dicha, como ya es natural, dura apenas. Tití muere agobiada por fantasmas místicos y Alicia vuelve a México para encontrarse con una madre en grave estado de angustia. De vuelta a California, se entera de que la ex-señora Echeverría se ha suicidado. La autora del libro echa entonces mano de sus conocimientos de filosofía existencial para explicarse la tragedia. La madre había llegado a una encrucijada: o la muerte o un camino de sufrimientos.

Una vez más en México, Alicia opta por quedarse. Antes de ser seducida por el antiguo amante de su madre, decide casarse con un hombre mayor: Artur, un suizo que será el padre de sus hijas.

Aquí, cambia el tono del testimonio, demasiado dado a película de Bustillo Oro. Es la época en que Alicia se hace amiga de Jorge y Víctor Cuesta. Gracias a un golpe de suerte, ella y su marido abren un restaurante de altos vuelos, y hasta allí llegan los intelectuales de los años 30 y 40, esto es, los *Contemporáneos*, y también Agustín Lazo, Salvador Novo etc, etc. Por ese tiempo se aparecen en México Antonin Artaud y Alma Reed, Henry Cartier Bresson, a quien Alicia volverá a ver en Nueva York. Fuera de su estrecha amistad con los hermanos Cuesta, no se da un acercamiento consistente con estas personalidades. Alicia Echeverría juega a la *name dropper* y, como amiga íntima de los Cuesta, a musa del talentoso Jorge, o a personaje literario, en el caso de su relación con Víctor, con el que fatiga un largo y platónico amor. Platónico debido a que el joven Cuesta padece una enfermedad venérea. Esta es, a todas luces, la parte más interesante de *De burguesa a guerrillera*, porque la referente a su participación en la guerrilla guatemalteca, que no deja de tener un sabor ingenuo, aunque debidamente trágico, inquieta mucho menos. En la extraña amistad con los Cuesta se revelan las románticas patologías de un México que procuraba la modernidad, pero cuyos escritores (no todos, por supuesto) vivían como poetas malditos del siglo pasado. Asimismo, expone el claro panorama de la mujer mexicana de clase media, universitaria y con acceso, por ende, a información de todo tipo. Semejante mujer, en especial tres o cuatro décadas atrás, sólo aspiraba a transformarse en una *groupie* de los ambientes culturales.

Cabría citar aquí los nombres de algunas que se hicieron famosas en razón del hombre que acompañaban, de su indumentaria estafalaria o de su vida disipada. El talento, mientras tanto, era de ellos.

Así se establece una alteridad radical entre los sexos, aún durante la labor guerrillera. Esta última sección del testimonio de Alicia Echeverría se nos aparece como una aventura, más de índole sentimental que política. El proceso de politización de la autora, incluso, resulta visceral, improvisado. Luego de pasar por una fugaz existencia de exitosa empresaria, junto con Paco, el joven marido que luego la empujará a la guerrilla. Sin un auténtico ideario político, el movimiento guerrillero que acogerá a Paco y a Alicia, se deja coptar por grupos troskistas, a los que la sra. Echeverría critica furiosamente, aunque sin hacer un análisis profundo del problema.

Las anécdotas sobre la guerrilla, además, son de una ingenuidad conmovedora. Por ejemplo, los guerrilleros, al mando de Yon Sosa y el comandante Turcios, solían secuestrar algún millonario para pedir rescate "que era la única manera en ese tiempo para lograr financiamiento, sin el cual no se podía seguir la lucha. Se le trataba con cortesía y respeto, se le explicaba que no se le consideraba como enemigo personal, sino como lo que él representaba: la explotación del pueblo por una minoría privilegiada". Mientras, Alicia preparaba a los "huéspedes" *Coq au Vin*, lasagna, paella, etc.

Son los años 60. Paco se va definitivamente a Guatemala para dedicarse tiempo completo a la guerrilla. Alicia, en México, se enfrenta al conflicto de tener que sanear su empresa, mal administrada por su marido. A Paco lo entrevistan para el *Monthly Review*. Alicia realiza una "peligrosa" misión en Guatemala, y, al tiempo, ante la presencia detestada de los troskistas y ante la actitud oportunista de Paco, abandona la lucha, no sin dejar de sentir el asesinato de David Aguilar Mora y de otros jóvenes troskistas mexicanos. Paco también es muerto, pero aquí la autora no derrama ni una lágrima. El libro concluye plácidamente, quizá porque dados los años transcurridos, Alicia Echeverría contó ya la trama de su vida. No hay, pues, expectación sino calma. Como quiera que sea, ha hecho historia: intimista, personal, pasando de refilón por la cola de los acontecimientos, pero historia al fin. ♦



Alicia Echeverría. *De burguesa a guerrillera* (memorias de Alicia Echeverría). Joaquín Mortiz, México, 1986. 154 pp.